

Audiencia con el diablo

Retrato de una época de
política, periodismo y poder

Víctor Hugo Morales

AGUILAR

A tantos... Por tanto.

En especial a Bea, mi mujer.

Prólogo

En marzo de 2014, un día en que el otoño chileno penetró el verano como si fuese un espía que viene a recoger algunos datos, asumió la presidenta Michelle Bachelet. En el aire amarillo de una jornada que prometía ser inolvidable, la gran mujer chilena de este siglo desplegó en sus pómulos rosados la energía que de ella espera América Latina para decir que su país lanzaba una lucha sin cuartel contra la desigualdad. Viéndola en el marco de una ventana de La Moneda, se sentía la melancolía de una mandataria que quiere arrancar a Chile de los elogios de los medios neoliberales que la sitúan como ejemplo de lo que debe hacerse con la economía de un país. Y Bachelet abrió sus brazos como indicando la distancia que existe entre crecimiento y distribución, y el índice de su mano izquierda, apuntando al mar como se señala un punto cardinal, dejó en claro que el norte de su gestión es la lucha contra la dolorosa asimetría del reparto de ganancias que padece su país.

La desigualdad en América Latina abre la brecha más profunda entre ricos y pobres en el mundo entero y se sostiene, como la mentira de los cuatro gigantes que sostenían la tierra, en el poder mediático que supo convertirla en un hecho natural, convalidado por sus víctimas. En Chile es *El Mercurio*, pero "lo Magnetto" se extiende por la América verde, vegetal, cobre y mineral sin que una sola de sus grandes ciudades deje de pagar el diezmo a los mandamases del periodismo. Los hay donde se pose la mirada de los desposeídos del continente. El diablo no es Héctor Magnetto sino el conjunto de diarios y canales que cubrieron el mapa como una enredadera.

En todo caso, es un símbolo, un estandarte en la tarea de influir en la cultura de la aceptación de la injusticia como un hecho natural, propio de lo humano. Disgregan a

la sociedad con la constancia de un avaro que abraza sus cofres, y hacen de las mayorías impávidos testigos de la proclama desfachatada de que lo injusto y lo desigual es una consecuencia inevitable de las relaciones humanas. Para acumular cientos de canales de televisión, diarios y emisoras de radio, logrados con la sutileza de los Al Capone, y que millones de personas lo consientan como si fuera lógico, hay que instalar la cultura de la desigualdad. Y blindarlo con la seguridad jurídica. Entonces, así estaban las cosas cuando llegamos a la discusión. Los empresarios de los medios se ofrecen mutua protección internacional para que la infamia sea consentida cuando, aun si fuera legítimo el avance de sus negocios, sería objetable por las asimetrías que impulsa. Sin embargo, ya fue asumido como algo que viene del fondo de los tiempos y es impensable remontarse a los años noventa. O, más precisamente, en la Argentina, al 12 de junio de 1989, cuando Magnetto, el mismo día que el presidente Alfonsín declinaba el poder socavado por las corporaciones, entre las que *Clarín* era la punta de lanza, delineaba el futuro del país. A solas, reunido en La Rioja con el electo presidente Menem, orquestó el futuro de la Argentina que haría del Estado un esqueleto, entronizando las privatizaciones. De las cuales la primera fue para el propio Magnetto, cuando se sirvió de la mesa de los manjares el Canal 13 de televisión.

Y sin esquivar las metáforas, el 8 de julio, cuando asumía Menem, en el naciente invierno de catorce años que padeció el país, entró con su tropa, aun solapadamente, a las instalaciones de Canal 13 para iniciar la tarea de despejar el camino a una compra repugnante firmada sobre la estafa de cientos de trabajadores despedidos. Por eso tienen que actuar sin pausas sobre la impavidez de los pueblos, que permanecen como si vieran la caída de una persona desde el décimo piso sin atinar a nada para impedirlo.

El poder defiende al poder, dentro y fuera de los países. En la tapa de los diarios, en cada artículo, en los zócalos colorinches de sus noticieros, en los libros que hacen escribir a sus esbirros y que ellos mismos divulgan en sus librerías, también invadidas, y en la cultura de la desemejanza entre las naciones y entre los habitantes de cada una, allí está la fundamentación de sus derechos adquiridos e innegociables.

Sólo ante la potencia de sus megáfonos puede entenderse la justificación de un mundo que asiente que el uno por ciento rico se apropie del ochenta por ciento de lo que el mundo, si hay un dios, puso a disposición de todos. ¿Cómo podría entenderse, de no mediar la penetración cultural, que sea posible la aquiescencia para las leyes del mercado? ¿Legalizar la victoria del más alto, del más blanco, del más fuerte o del que llegó primero?

No es infrecuente que los diarios de derecha contengan notas sobre los ricos del mundo y los exhiban en las tapas de sus revistas como los grandes atletas de los negocios y las riquezas, sonrientes frente a sus yates.

Quizás haya quienes piensen que es una manifestación ingenua de quienes son reconocidos como jugadores de póquer de las grandes ligas. Es un gesto inteligente, sin embargo. Nos acostumbramos a verlos con naturalidad y un dejo de admiración y envidia. Ellos saben que están a considerable distancia de nosotros, y que nos entretiene mucho más ver si el vecino nos cachetea con un auto nuevo que ocuparnos de sus insultantes riquezas. Parece innato que el hombre de la tapa reconozca que tiene dos mil millones. Y que sostenga que es necesario pagarle menos a su obrero para que el país sea competitivo. Cuando un trabajador cuesta menos en dólares, el hombre del yate salta de dos a tres mil millones y el empleado, de quinientos a

doscientos dólares mensuales. El uno por ciento necesita siempre más riquezas porque debe pagar muy bien a quienes se animen a publicar, a culturizar que la desigualdad es una aspiración de los dioses.

Es ahí cuando lo Magonneto entra en la cancha, como cómplice necesario. Hay que instalarse en la cabeza de la gente para que se aplauda esa locura. Y provocar el rechazo de sus cautivos seguidores hacia los que los enfrenten, hacia los que denuncien la estafa.

En los bares, por las tardes, los clientes beben su café estirando el cuello para apreciar, allí arriba, en las pantallas de televisión, los zócalos colorinches y las sonrisas de los presentadores refugiados en el cinismo. Se observa que la atención del espectador es más profunda que aquella de los tiempos de la escuela. Es que está aprendiendo de nuevo a través del grandioso espectáculo de la desinformación. Una lección simple, de pocas palabras, que no exige aquella abstracción tan esquiva de cuando uno era un niño y hacía un esfuerzo mayor por entender. Es un alumno pasivo, al que la mirada de una serpiente hipnotiza como si fuera el animalito al que ha de devorar. Lo vio en la tele, está informado. Puede irse a casa ya tranquilo de saber cómo va el país, ese país de mierda, de corruptos y ladrones que le roban su felicidad. Magonneto se lo cuenta.

Puede apreciarse con facilidad que la diferencia entre las personas es el volumen y calidad de la información a la que acceden, muy por encima de sus convicciones. Hubo un episodio paradigmático de esta afirmación cuando el Estado recuperó la empresa petrolera del país. Entonces se acordó un pago de varios miles de millones de dólares y los cofrades de los zócalos acusaron de falsedad al ministro que, según ellos, había asegurado que jamás se pagaría un dólar a la multinacional que la había privatizado. Pero el

funcionario no había dicho eso, sino que el Estado pagaría lo que correspondiere, pero no lo que a la empresa saliente se le ocurriera. La mentira fue útil para que el país se entretuviera discutiendo sobre la falsa anécdota, sin disfrutar de una de las mejores noticias de los últimos años. Estaban las pruebas de las grabaciones a las que se quisiera recurrir. La verdad de los hechos era de fácil acceso. Pero si a la inmensa mayoría se le miente, el embuste sepulta la realidad, que llega a un sector minoritario de la población. La consecuencia fue que millones de personas se quedaron con la opinión de que el ministro había traicionado sus propias ideas. Si un lector cree que hubo un engaño, ha descubierto un impostor. Pero si pudiera saber la verdad el ministro sería un héroe, al menos de cara a esa negociación.

En los días de enero y febrero de 2014, mientras este libro era un viaje como el que emprendían los turistas que parten hacia lo desconocido, las mentiras fueron poblando las páginas de los diarios hegemónicos, no quedando a salvo ni el mismísimo Papa. El episodio del ministro palideció en su importancia cuando, en el afán de exhibir un país desencajado y decadente, los embaucadores titularon que el Santo Padre de la Iglesia Católica convocaba al Vaticano a sectores diversos con el afán de pacificar el país. La mentira duró hasta esa misma tarde, cuando Francisco desmintió, a través de la confiable fuente de una periodista que es íntima amiga, la absurda presentación de la tapa y el comentario que se abrazaba al ridículo como no se había visto jamás. La indignación y el rechazo de la Iglesia en la Argentina también fueron evidentes cuando en sus descargos el periodismo dominante dijo que no habían sido atendidos los llamados que habían realizado a los prelados más vinculados al Papa. La cachetada final sería que, en los días previstos para la mentida reunión con sectores en pugna, en un acto de concordia ejemplar, el Papa se abrazó con la

Presidenta. Y aunque es el Papa, tampoco le perdonarán a él su mirada comprensiva hacia las dificultades del país.

Después del anuncio del encuentro de ambos estadistas, la revista *Noticias* se preguntó si Francisco era en realidad un chanta, en el contexto de un *multiple choice* que presentó en su portada. *La Nación* había dedicado una tapa y una página entera a las acusaciones que la ONU lanzó sobre la Iglesia por la pedofilia y por su contribución al atraso en temas muy profundos como el aborto y el matrimonio igualitario. La foto, inmensa, no era la del Vaticano, sino la del Papa. El desencanto se disimula aún, pero tampoco el personaje más mediático y festejado del último año será indultado por los hegemónicos si no produce alguna acción que debilite al gobierno argentino. Esa esperanza se había desvanecido en el transcurso del año de papado, y la reconstrucción de la imagen del conductor de la Iglesia entraba en las carpetas de los titanes de la desinformación. Francisco tendrá la palabra de Dios pero ellos tienen los diarios y los canales.

La mafia da protección o castiga según el alineamiento con sus intereses, que debe ser ofrecido sin vacilaciones ni treguas. El conductor televisivo más importante amagó con apartarse de lo Mignetto, y de inmediato le comunicaron cuál sería el precio del desaire en unas breves pero crueles incursiones, como las de los aviones que pasan para reconocer el terreno del inminente combate. Entonces, volvió.

Al Presidente de la Corte Suprema de Justicia le lanzaron un exocet después de la firma de la Ley de Medios. La mafia había ocultado algo que mancharía la personalidad del supremo por antecedentes en su natal Rafaela, en ciertas negociaciones con el PAMI, en otra época menos reluciente que en la actualidad. Lo habían elevado como la

estatua que se aparece cuando se sube la escalinata hacia el pedestal. Lo sentaron a la izquierda del Papa y por encima de la primera mandataria del país. Pero de pronto el Presidente de la Corte había actuado contra los intereses de *Clarín* y a los pocos días Magnetto le abrió el ropero de par en par y sus hombres le enviaron la cabeza de un caballo aún ensangrentada y la pusieron entre sus sábanas. Al poco tiempo el pontífice de la justicia recibía la pelota en el pecho, con elegancia en sus discursos, mirando hacia la tribuna de los hombres del pulgar que decide, como preguntando si la jugada había sido bonita.

El gobernador de Buenos Aires, otrora la gran esperanza blanca —y el término es apropiado para quienes siguen el andar del mundo como el campo de batalla de blancos contra negros— fue remodelado como una figura de un parque de diversiones sobre la que se lanzan tres pelotazos por un peso. Y sufrió en carne propia el poder de la jerarquía mediática al cabo del drástico cambio de planes que se produjo cuando prometió lealtad al proyecto del gobierno nacional. Siempre fue así. Quienes estuvieron involucrados con el fútbol de los años noventa y de la primera década de este siglo, asistieron a la protección que se ofreció a los dirigentes que funcionaban como caballos de Troya, cuidando los intereses económicos del Grupo *Clarín* para que la AFA y la gente de todo el país fueran estafados.

Cuando las barras no se pelean tanto con las de los otros clubes, como sí lo hacen entre ellas, están buscando el dinero que ofrecían los inmorales dirigentes que protegía *Clarín*, para sostenerse en el poder y hacer sus negocios, y ahora no aparece.

La mafia tuteló y socorrió a más de un dirigente que discutía con sus pares los aumentos que reclamaban las de-

más instituciones. Eran los portavoces que resguardaba *Clarín* en sus páginas haciéndolos invisibles en los escándalos de las barras que se peleaban a tiros en los quinchos por un bocado más apetitoso. El bocado no estaba en las parrillas sino en las tesorerías. El patrocinio consistía en asegurar un dinero que permitiese la compra de jugadores apuntalando los goces deportivos que prolongaban la presencia de tales dirigentes. En los últimos cinco años de fútbol de la televisión privada, los campeonatos tenían a los grandes de siempre acumulando más del sesenta por ciento de los triunfos, contra el doce del primer quinquenio de *Fútbol para Todos*. El periodista más conocedor de ese mundo de violencia de los hinchas fue expulsado del Grupo porque había afectado a alguno de esos custodios de los intereses magnettistas. Y cuando las provocaciones y desmanes de las barras actuaban ya en los tiempos de *Fútbol para Todos*, lo convocaron nuevamente porque, ahora sí, servían sus conocimientos. Igual camino anduvieron otros cronistas de la organización cuya estrella declinó porque deslizaban críticas graciosamente leves, pero que fijaban el techo de lo posible en el sótano de la dignidad del periodismo.

Pero, ¿qué es un dirigente del fútbol ante la impotencia de un hombre importante del partido radical? La UCR fue acusada de corrupta cuando un sector desobedeció a Magnetto en la votación que permitió al Estado argentino recuperar YPF. Los diarios *Clarín* y *La Nación* no lo podían permitir porque ideológicamente los descomponía y porque abría una puerta a la esperanza del país, un país al que no le puede ir bien en nada con quienes lo conducen hoy en día.

La mañana siguiente los radicales desayunaron con estupor un café amargo y espeso mientras leían a M. Solá, que los señalaba como a los traidores en el templo. Se ha-

bían vendido por unos míseros puestos de trabajo en el Congreso. Por cuatro amigos o familiares que podían introducir entre las columnas de mármol del poder, los radicales de Yrigoyen y Alfonsín, “no todos, por suerte”, como bien rescataba el columnista, votaron con el gobierno el retorno de YPF, así como una bandera es devuelta por un ejército enemigo.

Infieles, desertores, felones, dijo el poder mediático de los votantes y les dio el tiro de gracia en la recova en cuya oscuridad los obligan a moverse. Sin mirar a la víctima, descerrajaron la palabra final. “Baratos”, se llegó a decir. Y hubo que adecuarse. El pundonor a los pies de *Clarín*.

El campo de la honorabilidad se estrecha. En los márgenes solo hay abismos. Un partido político, el Presidente de la Corte Suprema, un gobernador y hasta el mismísimo Papa, si fuese necesario, pueden caer por la pendiente. Como Nerón con la cítara, alguien observa desde un enorme plasma. Y dibuja.

Capítulo 1

1

Héctor Magnetto permaneció solo en la oficina que le asignaron. Lo imaginé como una sombra más, seca y mustia, en ese espacio impersonal y utilitario, en la penumbra de una habitación en la que el poder se recorta como la belleza de un cisne desplumado. "Davanti a lui tremava tutta Roma", dice Tosca mirando al inclemente Scarpia, apuñalado a sus pies. "Pensar que este tipo es el amo de la Argentina", digo, no sin gozarlo. "Y ahora lo tengo ahí", me ufano, acaso para alivianar la carga del fastidio. Lo imaginé impaciente y terco, desoidor de todas las voces que le reprocharon que se rebajara de esa forma. Un Menelao enloquecido lanzado a una guerra absurda, ganada de antemano pero con la derrota en el vientre. Un capricho más de un poder insaciable y estúpido, como es el poder cuando solo sirve para acrecentarlo. Tenso, como el que se habitúa a jugar con las cartas marcadas, pero ha descuidado el mazo y es otro el que reparte.

Y lo confirmó Fabiana, la coordinadora de mi programa de radio. Ella había logrado pasar entre la multitud, con la mano apoyada en mi hombro como en la formación antes de ir a clase. Lo que veía en un abrir y cerrar de puerta, acomodada en un sillón del living, se parecía a una escena de *El Padrino*. La voz que se oía era como la de Brando. "Mejor", me dijo.

Desde el recibidor, ubicado en el centro de la escena, se veía a un guardaespaldas sentado en la entrada, a la salida del ascensor. Luego el sitio dispuesto para Magnetto, quien por un instante, al entrar sus abogados, quedó al

descubierto mirando hacia la pared o a un interlocutor, también silencioso. Fue apenas, cuando entornaron la puerta. Callado y duro, como enojado, lo vi.

En la última sala, estábamos la mediadora, los abogados de Magnetto, uno rojo y sobrador, el otro pálido y serio, el doctor Eduardo Barcesat y yo. Discutíamos sobre la ausencia del demandante. La mediadora señaló que no era una obligación la presencia de Magnetto. La insistencia de Barcesat, que yo apoyaba mirando a la funcionaria con expresión de "¿qué sentido tiene, si no?", provocó que ella les pidiese a los letrados de Magnetto que fueran a buscarlo. "A lo mejor viene", asintió Barcesat. Se leía fácil en los rostros el escaso optimismo de los enviados, cuando se alzaron con la pereza del alumno que debe pasar al frente.

La puerta de al lado fue superada con rapidez. Los abogados ingresaron como si fueran siameses. Y retornaron a nuestra reunión unos diez minutos después. "Dice el señor Magnetto que no. Que su representado ya anunció que no piensa disculparse, por lo que no vale la pena el encuentro".

Los cantos de la gente en la calle, al oírse demasiado fuerte, provocaron una mirada de la mediadora que describí como: "¿Qué más quiere?". Era una invitación a que firmáramos el acta, pero antes Barcesat se expresó severamente sobre la ausencia de Magnetto. El abogado de pelo rojo ladrillo oía llover. Se convertiría en una celebridad por su pobre desempeño en una audiencia de la Corte Suprema sobre la Ley de Medios, semanas después. Ahora escuchaba a Barcesat desparramado en su silla, con las piernas estiradas, las manos en el bolsillo y ese aire sobrador que toman prestado de sus jefes los que cuidan la puerta de un lugar.